



Amparo Noguera y Francisco Reyes en una escena de la obra del grupo Ictus, que retorna la próxima semana a la cartelera

Ictus continúa su "Diálogo de fin de siglo"

Teatro, una vacuna para la "festivalitis"

Por Carlos Cádiz

Lo que pasa es que Santiago no aguanta más. Al hombre común le es hartito difícil escapar a la camisa de fuerza de la "cultura oficial". Estos días los chilenos se vieron invadidos por el Festival y sus verbas. De modo que el tema de la cultura y del verdadero arte queda relegado. Hay, eso sí, excepciones honorosas. Por ello, *Fortín* concurrió la semana pasada a la sala de La Comedia para ver *Diálogo de fin de siglo*, recreado a partir de octubre por el teatro Ictus, y que vuelve la próxima semana a la cartelera.

El *Diálogo* es una creación colectiva, basada en otra semejante de Isidora Aguirre. Y es semejante porque la versión actual se aleja de la original, lo que reedita la antigua polémica de ser o no ser fieles a la primera creación.

Sea cual fuere el resultado del trabajo escénico, en donde se destacan figuras tales como Nissim Sharim, Delfina Guzmán y José Secall, el mérito fundamental radica en representar un momento histórico clave de nuestra historia Patria, los acontecimientos de la guerra civil, mejor dicho sus consecuencias.

La obra comienza a partir del suicidio de José Manuel Balmaceda y se ambienta en septiembre de 1891. Una familia aristocrática chilena vive intensamente ese momento en que se produce la victoria de los "congresistas". Los derrotados son los presidencialistas que encabezaba el presidente-mártir.

Diálogo de fin de siglo tiene actualidad, sin duda. Una sobrecarga dramática que nos retrotrae a septiembre de 1973, cuando cae en La Moneda el presidente Allende. Lo que viene a continuación tiene algunas similitudes. Los vencedores de la guerra civil -10 mil muertos- imponen una junta militar, se suceden los saqueos y ataques a quienes apo-

yaron al antiguo régimen balmacedista.

Nissim Sharim representa el papel de Alberto, un abogado que ha cautelado los intereses de las transnacionales, en este caso inglesas. Se candidató para Intendente de Santiago, lo cual le resulta positivo. No se trata de un hombre totalmente sin escrúpulos. A juzgar por los flashes en que se aparece el fantasma de Balmaceda, se constata que aún después de muerto mantiene una fuerza convincente en su discurso democrático. La noticia del suicidio corre como reguero de pólvora por la capital sin smog. La transmisión oral reemplaza a los grandes monstruos de la comunicación actual. El impacto es de algarrabía en casa del abogado Alberto y su amigo Ramón, el diputado. Ambos ignoran que el hijo del primero participó en la guerra a favor de su antagonista. El joven Felipe se esconde en la casa paterna y está herido. Rosario, la esposa de Alberto y madrastra de Felipe, lo oculta. Esa actitud tiene que ver más que nada con la adhesión sentimental al presidente-mártir, ya que fue su amante. Al menos así lo atestiguan las cartas de Rosario que comparte su secreto con Amanda, prometida de Ramón, pero que en verdad está enamorada de Felipe.

En suma, el Ictus hace una radiografía muy bien delineada de la familia aristocrática chilena, a fines de la centuria pasada, con una estructura mental que hoy llamaría el pueblo simplemente *momia*. La actuación de los consagrados es buena con los relevos jóvenes como Francisco Reyes, en el papel de Felipe. El complemento bien chileno de una "nana" de esa época, Corina con Maité Fernández y el de Rosario que recrea Delfina Guzmán, uno de los factores importantes en la puesta en escena de este diálogo que permite salir aunque fuera sólo por una hora 40 minutos de la atonía que reina en Santiago.